

Τὰ ἅγια y otros temas de Hebreos

Por Eduardo Martínez Rancaño

En uno de sus muchos contrastes entre Cristo y el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, y con el fin de mostrar la superioridad del Hijo de Dios sobre las ceremonias mosaicas, el autor de Hebreos señala que Jesús ministra desde su ascensión en un “lugar” denominado τὰ ἅγια (9:12; 10:19). Muchas excelentes traducciones modernas de la Biblia al español y a otros idiomas suelen verter tal expresión como “Lugar Santísimo”. Con gran vehemencia, la iglesia adventista, que asevera que Jesús no entró en el “Lugar Santísimo” del “santuario celestial” hasta el 22 de octubre de 1844, asegura que tales versiones están traduciendo de manera tendenciosa la expresión griega en cuestión. Dice que, aunque en ciertos contextos sí sería posible aplicar τὰ ἅγια al “Lugar Santísimo”, en otros es claramente lo mismo que “lugar santo” y que, normalmente, τὰ ἅγια viene a equivaler, lisa y llanamente, a la palabra “santuario”. Se supone que esta sutil distinción es de gran valor, pues se da por sentado, aunque el autor de Hebreos no lo diga, que el “santuario celestial”, igual que el terrenal, tiene dos departamentos, o dos fases. Si ello fuese así, Jesús habría podido, en su ascensión, entrar en τὰ ἅγια sin entrar en el Lugar Santísimo.

En realidad, el autor de Hebreos aclara que el lugar al que accedió Cristo tras su ascensión es el cielo mismo, la mismísima presencia de Dios (9:24s), a cuya diestra está sentado (1:3; 8:1; 12:2), habiendo atravesado los cielos y, precisamente por eso, ahora podemos acercarnos confiadamente al trono de la gracia (4:14-16). Por este motivo, insistir en que haya dos departamentos o dos fases en ese “santuario celestial” no parece tener gran sustancia. El concepto de que en la presencia inmediata de Dios pueda haber algo que no sea santísimo parece incongruente y ciertamente heterodoxo.

Antes de analizar, no obstante, el significado concreto de τὰ ἅγια en el libro de Hebreos, conviene destacar diversos aspectos adicionales de ese libro, que, como otros del Antiguo y del Nuevo Testamento, cuestionan el dogma adventista de que desde el 22 de octubre de 1844 Cristo preside la “purificación del santuario”¹, que conlleva un “juicio investigador” en el que los

¹Hebreos 9:23, que la iglesia adventista suele usar como “prueba” de que, en algún momento futuro, sería necesario purificar el santuario celestial, que supuestamente estaría contaminado por la ministración de la sangre de Cristo en beneficio de su pueblo pecador, no enseña tal cosa. Aparte del hecho de que habría que forzar la sintaxis griega para aplicar al futuro lo dicho por el pasaje, el contexto inmediato (9:19-22) habla, en primer lugar (19-20), de la ceremonia de confirmación del pacto (Éxo.24:6-8), luego (21) del ritual que se siguió en la inauguración del santuario israelita efectuada *por Moisés*. Este ritual, que tuvo lugar con ocasión de la consagración de los sacerdotes y aparece registrado en Éxo.29 y Lev.8, no tiene *nada* que ver con el *Yom Kippur*. Obsérvese en particular la utilización de sangre sobre el altar de los sacrificios (Éxo.29:12, 16, 20; Núm.8:15, 19, 24). La ceremonia de dedicación había de extenderse a lo largo de siete días (Éxo.29:35-37; Núm.8:33-35). Por último, el enunciado de Heb.9:22 *no* apunta a Lev.16, sino más bien a pasajes como Lev.17:11.

La iglesia adventista suele insistir, no obstante, en que la utilización del verbo “purificar” en la mayoría de las traducciones modernas de Heb.9:23 es una señal inequívoca de que el autor de Hebreos tenía en mente el Día de la Expiación, pese a que tal extremo no se refleje en el contexto.

pecados de los profesos hijos de Dios de todos los tiempos están siendo examinados minuciosamente para determinar quién va a ser salvo. Se presentan a continuación las principales líneas de evidencia limitadas a las enseñanzas de la epístola a los Hebreos².

Aunque tal apreciación es subjetiva, la magnanimidad probablemente aconseje evaluarla con toda objetividad. El verbo utilizado es καθαρίζω. Su uso en el resto del Nuevo Testamento (Mat.8:2,3; 10:8; 11:5; 23:25,26; Mar.1:40-42; 7:19; Luc.4:27; 5:12,13; 7:22; 11:39; 17:14,17; Hch.10:15; 11:9; 15:9; 2 Cor.7:1; Efe.5:26; Tit.2:14; Heb.9:14; 9:22; 10:2; Sant.4:8; 1 Juan 1:7,9) no revela alusión alguna al *Yom Kippur*. Si nos centramos, entonces, en el uso de καθαρίζω en la Septuaginta, limitado a los libros de la Biblia hebrea, encontramos que este verbo griego se utiliza con los siguientes usos y significados:

- I. Referido a objetos, lugares o animales:
 - A. Sin connotaciones morales evidentes
 1. Refinado de metales preciosos por fuego (Sal.12:6 [LXX 11:7]; Prov.25:4; Mal.3:3).
 2. Despejar un camino (Isa.57:14).
 3. Limpiar la tierra al enterrar cadáveres (Eze.39:12,14,16).
 4. Limpieza o reparación del templo del abandono o de profanaciones anteriores (2 Cr.29:15; 34:8; Dan.8:14).
 - B. Con connotaciones rituales
 1. Desinfección y pronunciamiento de limpieza ritual de edificaciones con procesos fúngicos (Lev.14:48,57).
 2. Desinfección y pronunciamiento de limpieza ritual de un objeto que ha estado en contacto con una persona con casos extremos de enfermedades cutáneas (Lev.13:59; 14:57).
 3. Limpieza ritual por fuego de objetos metálicos arrebatados a los enemigos (Núm.31:23,24).
 4. Purificación ritual del altar en el *Yom Kippur* (Éxo.30:10).
 5. Limpieza ritual del tabernáculo en el *Yom Kippur* (Lev.16:19).
 6. Purificación ritual del chivo expiatorio (!!) en el *Yom Kippur* (Lev.16:20; en hebreo no existe este concepto).
 7. Dedicación o consagración de las puertas y el muro de Jerusalén (Neh.12:30).
 8. Consagración del altar (Éxo.29:36,37; Lev.8:15; Eze.43:26).
 - C. Con connotaciones morales
 1. Extirpar del país el derramamiento de sangre inocente mediante la ejecución de un homicida (Deut.19:13).
 2. Eliminación de templos idólatras de la tierra, así como de los restos de antiguos sacerdotes idólatras (2 Cr.34:3,5,8).
- II. Referido a personas
 - A. Sin connotaciones morales evidentes
 1. Actos relacionados con la higiene personal (Gén.35:2).
 - B. Con connotaciones rituales
 1. Limpieza ritual inespecífica (1 Sam.20:26).
 2. Purificación de un nazareo (Núm.6:9).
 3. Purificación de levitas (Núm.8:15; Neh.13:22; Mal.3:3).
 4. Purificación ceremonial de sacerdotes y levitas (Esd.6:20; Neh.12:30). En Neh.13:30 la purificación de los sacerdotes y levitas se obtiene ¡mediante la deportación de allegados extranjeros!
 5. Pronunciamiento de limpieza ritual después del parto (Lev.12:7,8).
 6. Curación y pronunciamiento de limpieza ritual de un espermatorreico (Lev.15:13; 22:4).
 7. Curación y pronunciamiento de limpieza ritual de una menorragia (Lev.15:28).
 8. Curación y pronunciamiento de limpieza ritual de una persona aquejada de afecciones cutáneas extremas (Lev.13:6,7,13,17,23,28, 34,35,37; 14:2,4,7,8,11,14,17-20,23,25,28,29,31,57; 22:4; Núm.12:15; 2 R.5:10,12-14).
 9. Pronunciamiento de limpieza ritual tras el contacto con un cadáver (Eze.44:26).
 10. Purificación ritual del pueblo el *Yom Kippur* (Lev.16:30).
 11. Purificación idólatra condenada (Isa.66:17).
 12. Reconsagración del pueblo con ocasión de la consagración de las puertas y el muro de Jerusalén (Neh.12:30).
 - C. Con connotaciones morales:
 1. Verse libre de errores (Sal.19:12 [LXX 18:13]).
 2. Reconocer la inocencia de alguien o absolver (Éxo.20:7; 34:7; Núm.14:18; 30:5,8,12 [LXX 6,9,13]); Deut.5:11; Sal.19:13 [LXX 18:14]; Jer.25:29 [LXX 32:29]).
 3. Verse limpio de la maldad (Jos.22:17; Sal.51:2,7 [LXX 50:4,9]; Jer.13:27 [aunque habla de Jerusalén, se refiere a sus habitantes]; 33:8 [LXX 40:8]; Eze.24:13; 36:25,33; 37:23; Dan.11:35 [?]; Os.8:5).
 4. Santificar a alguien (Job 1:5), en este caso mediante ofrendas.
 5. Quebrantar (Isa.53:10; Dan.11:35 [?]).

Resulta de dudosa clasificación el texto de Neh.13:9, que se refiere a una limpieza de dependencias del templo, pero no resulta evidente si la limpieza es meramente física o tiene algún carácter ceremonial. Posiblemente se den las dos condiciones.

Como puede verse, aunque no puede restársele importancia a los rituales del *Yom Kippur*, el tabernáculo no era, ni con mucho, el único objeto posible del verbo καθαρίζω. En consonancia con el contexto de Heb.9:23, de la anterior lista destaca, precisamente, la acepción “Consagración del altar (Éxo.29:36,37; Lev.8:15; Eze.43:26).” Dicho sea de paso, ésa es precisamente la acepción aceptada para Heb.9:23 en léxicos prestigiosos como el de Thayer, que da la traducción “consagrar, dedicar”. No hay, pues, impurezas de las que “purificar” al santuario celestial.

Refutada así completamente la interpretación adventista del pasaje, el mensaje de Hebreos es patente: el santuario celestial ya fue “inaugurado” por un Sacrificio ofrecido de una vez para siempre.

²Naturalmente, no se pretende que con dichas líneas se abarque la totalidad del mensaje de Hebreos, que es mucho más rico. En realidad, el mensaje básico que recibieron los receptores originales de la epístola es que sería una insensatez volver a formas más “ortodoxas” de judaísmo después de haber disfrutado de la experiencia de un Salvador que era superior en todo a los viejos rituales hebreos.

Temas de Hebreos para adventistas

- En el momento en que se escribió Hebreos, el pecado ya había sido quitado de en medio (1:3; 9:12, 26; 10:11-14). Además, igual que otros pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, Hebreos pone en labios de Dios estas palabras: “Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (8:12; cf. 10:17,18). Esto contrasta vivamente con una teología que pretende que precisamente ahora Dios está “investigando” los pecados y las iniquidades de sus hijos profesos. En contraposición con este infundado temor, el autor de Hebreos señala que “nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma” (10:39). Los únicos que en Hebreos tienen una “horrenda expectación de juicio” son los “que retroceden para perdición”, pecando voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, cuando ya no hay más sacrificio por los pecados (una vez que habían sido perdonados todos, 10:18, 26, 27), pisoteando al Hijo de Dios, teniendo por inmunda la sangre del pacto y afrentando al Espíritu de gracia (10:29).
- Heb.4:13 muestra que no hay ninguna cosa “que no sea manifiesta” en la presencia de Dios, y que todas “están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”. No parece que estas palabras constituyan una base razonable para el concepto de un “juicio investigador” que supuestamente se prolonga ya más de siglo y medio. Esto reduciría la justicia y la presciencia divinas al embrollo judicial endémico en algunos países.
- Heb.1:13 enseña que antes de que el libro se escribiese, el Padre le dijo al Hijo “Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”. De modo similar, Heb.10:12,13 enseña que “Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies”. La conjunción “hasta” (ἕως), que aparece en ambos pasajes, no casa bien con una teología que pretende que Cristo estuvo ministrando en un “lugar santo” hasta el 22 de octubre de 1844. El autor de Hebreos desconoce enteramente que la labor mediadora de Cristo en el cielo hubiese de experimentar un cambio significativo dieciocho siglos en el futuro. La puesta de los enemigos a los pies de Cristo tiene un significado escatológico y, evidentemente, no se ha producido todavía (2:8b). Sáquense de aquí las conclusiones pertinentes acerca de la validez del planteamiento que asegura que Jesús abandonó en 1844 la labor que desempeñaba en los días en que se escribió la epístola.
- La existencia de dos fases en la mediación de Cristo en el santuario celestial es completamente ajena a Heb.9:23-28. En estos versículos, igual que en los citados anteriormente, Hebreos enseña que, ya en el cielo, Jesús nunca abandona la presencia de su Padre. Plantear que en 1844 abandonó un “lugar” para entrar en otro, llevándose quizá consigo el trono del Padre, no parece un buen ejemplo de teología consistente, ni aunque el trono tenga ruedas.
- Heb.9:27,28 hace un paralelo entre la muerte de los hombres y la muerte de Cristo, y entre el juicio de los hombres y la segunda venida. Evidentemente, el autor de Hebreos no conoce nada acerca de la doctrina que pretende que a partir de 1844 Jesús iba a abandonar su mediación en el lugar santo para iniciar una labor de juicio que precedería a la segunda venida en muchos decenios o siglos.
- Igual que otros libros del Nuevo Testamento, Hebreos plantea la inminencia de la *parusía* (9:27,28; 10:37), por lo que no tiene sentido intentar inyectar en este libro un supuesto periodo de dos milenios que le resulta totalmente ajeno y que sería algo así como una “hoja de ruta” que Dios tenía que seguir en consonancia con una pretendida revelación al profeta Daniel.

- La labor distintiva del sumo sacerdote estaba relacionada unívocamente con el Día de la Expiación. Al llamar a Jesús nuestro Sumo Sacerdote repetidas veces y al mostrar cómo el Salvador realiza dicho ministerio de modo mucho más perfecto que el sumo sacerdocio aarónico, el autor de Hebreos muestra que el día antitípico de la expiación ya había empezado en sus días, no que estuviese casi dos milenios en el futuro. De modo que, en efecto, en el libro de Hebreos se presenta la purificación del santuario, pero ésta no se aplica a algún tiempo futuro, sino a lo que ya había ocurrido antes de que se escribiese la epístola. Ello muestra que para el autor de Hebreos, la purificación estaba en el pasado, no en el futuro. El capítulo 9 aplica continuamente el capítulo 16 de Levítico a los días apostólicos, no a los nuestros. En particular, no existe en Hebreos evidencia alguna de que la sangre expiatoria de Cristo fuese a ofrecerse dos milenios después del sacrificio de la cruz. Desmond Ford hizo la aguda observación de que “la aspersion de la sangre caliente sin coagular sobre el propiciatorio inmediatamente después de la muerte [del sacrificio] no podía de ninguna manera apuntar a 1844.”³

Tras este análisis preliminar, podemos ya centrarnos en la cuestión referente al “lugar” al que ascendió Cristo.

Τὰ ἅγια

La expresión plural τὰ ἅγια deriva del adjetivo ἅγιος, que significa “santo”, y se usa casi siempre como nombre singular. Su forma singular propiamente dicha, ἅγιον, aparece en Hebreos únicamente en 9:1 dentro de la expresión ἅγιον κοσμικόν, “santuario terrenal”. Estas palabras griegas, son, a su vez, traducción de otras palabras originalmente hebreas. En hebreo, el lugar santo suele ser קֹדֶשׁ, mientras que el santísimo es muy a menudo קֹדֶשׁ הַקְּדוֹשִׁים. No obstante, conviene destacar que en varios pasajes altamente significativos relacionados con el Día de la Expiación el “lugar santísimo” recibe, sin más, la designación de קֹדֶשׁ, o, en el griego de la Septuaginta, formas de ἅγιος (Lev.16:2,3,16,17,23,27). En otros pasajes de la versión de los LXX, como Éxo.26:33, ἅγιον se refiere al lugar santo, mientras que el santísimo aparece varias veces como ἅγιον τῶν ἁγίων, aunque a veces se lo llamaba también δαβιρ, que no es más que la transcripción de דְּבִיר, que aparece, entre otros, en 1 R.8:6⁴. En la versión de los LXX, τὰ ἅγια significa no pocas veces “las cosas santas”, “las cosas consagradas”, “las cosas dedicadas” o “las ofrendas”, aunque lo más normal es que signifique, lisa y llanamente, “santuario”⁵. En el pasaje que el propio libro de Hebreos dedica a hablar de los lugares santo y santísimo del tabernáculo israelita, el lugar santo recibe el nombre de Ἄγια (9:2), mientras que al santísimo se lo llama Ἄγια Ἄγιον (9:3).

³Desmond FORD, *Daniel 8:14*, capítulo 2. Una versión resumida de este capítulo, que contiene todas las citas presentadas en este ensayo, puede encontrarse en <http://www.ellenwhite.org/hebrew9.htm>.

⁴Los pasajes que utilizan δαβιρ son 1 R.6:5,16,19,21,23,31; 7:49 [LXX 7:35]; 8:6,8; 2 Cr.3:16; 4:20; 5:7,9. En 1 R.8:6 y su paralelo, 2 Cr.5:7, se presenta la equivalencia explícita entre δαβιρ y τὰ ἅγια τῶν ἁγίων, al igual que ocurre en la versión hebrea. Sal.28:2, que contiene la expresión אֶל-דְּבִיר קֹדֶשׁ, “hacia el santuario de tu santidad”, fue traducido al griego de 27:2 por πρὸς ναὸν ἁγίων σου, “hacia tu santo templo”.

⁵Textos como Neh.10:40 o Eze.22:8, 26 dan idea de la dificultad de traducción, pues algunos intérpretes creen que el autor se refiere a “los utensilios santos” o “cosas santas” del santuario, mientras que otros creen que se hace referencia al santuario en sí mismo. En algunas ocasiones, τὰ ἅγια tiene significado plural (“santuarios”), como en Lev.26:36; Jer.28:51 o Eze.7:24; 21:7. Significa claramente “santuario” en pasajes como Éxo.30:13; 36:1,3,8; Lev.4:6; 10:4; 19:30; Núm.3:28,31; 4:15; 8:19; 10:21; 18:3; 19:20; 31:6; 1 Cr.9:29; Sal.133:2; Isa.43:28; Eze.5:11; 23:38,39; 24:21; 25:3; 37:26,28; 44:9,16; Dan.8:13; Sof.3:4; Mal.2:11. El griego de Núm.4:16 parece equiparar explícitamente el ἅγιον con todo el σκηπή (“tienda” o “tabernáculo”). En la Septuaginta esta palabra se usa a menudo, sobre todo en el Pentateuco, para referirse a todo el santuario. Quizá por eso, obedeciendo las instrucciones expresas de Éxo.26:6 (καὶ ἔσται ἡ σκηπή μία, “y será el tabernáculo uno”), en la Septuaginta σκηπή no va con ordinales, como lo hace en Hebreos 9.

De manera que, en efecto, la tesis adventista cuenta con el respaldo nada despreciable del uso de τὰ ἅγια en la Septuaginta, versión en que, mayoritariamente, significa “santuario”. También está parcialmente a su favor el uso que el propio capítulo 9 de Hebreos hace de las designaciones Ἄγια y Ἄγια Ἁγίων para los lugares santo y santísimo. Claro está que, en este caso, ambos lugares son Ἄγια. Tales constataciones, sin embargo, constituyen una victoria pírrica para la teología adventista, pues afirmar que Cristo entrase en el “santuario celestial” tras su ascensión de ninguna manera excluye que accediese en tal ocasión a la mismísima presencia de su Padre, dado que de la versión de los LXX no puede inferirse que τὰ ἅγια haga referencia a un lugar celeste meramente “santo” y no santísimo. Por otra parte, la evidencia ya presentada de que en el pasaje decisivo de Lev.16 al lugar santísimo se lo denomine “santo” a secas, tanto en hebreo como en griego, constituye una clamorosa advertencia que los defensores de la “ortodoxia” adventista habrían hecho bien en ponderar debidamente.

En Hebreos se presentan vez tras vez una serie de contrastes que muestran la superioridad de Cristo sobre los antiguos rituales e instituciones israelitas. Repetidamente se presenta el sumo sacerdocio de Cristo como claramente superior al aarónico⁶, y el autor entra en bastante detalle al mostrar cómo el sacrificio de Cristo, ofrecido una vez para siempre, sobrepasa amplísimamente los rituales realizados por el sumo sacerdote en ocasión del Día de la Expiación. Obsérvese que la argumentación fundamental de Hebreos no compara la labor de Cristo en el cielo con los rituales sacerdotales diarios⁷, sino con el ritual anual del *Yom Kippur* (4:14-5:10; 8:1-10:25). Siendo ello así, no es de extrañar que en la epístola a los Hebreos el lugar en el que el sumo sacerdote entraba en ocasión de la fiesta de las expiaciones era, precisamente, τὰ ἅγια (9:25; 13:11). Obviamente, el autor de Hebreos no está diciendo que el sumo sacerdote entraba una vez al año en los dos departamentos ni en el santuario, pues sin duda entraba muchas veces en el lugar santo. Donde entraba una sola vez al año era en el lugar santísimo. Si el “santuario celestial” tuviese dos departamentos o fases, resultaría incongruente mantener que Cristo entró de una vez para siempre en el “lugar santo” del cielo (τὰ ἅγια), al igual que el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo (τὰ ἅγια) del santuario terrenal una vez al año. Hebreos 9:25 enseña explícitamente que, a diferencia de lo que hacía el sumo sacerdote entrando año tras año en τὰ ἅγια, la entrada de Cristo en el cielo no conlleva el ofrecimiento de su sacrificio una y otra vez. El versículo 12 ya aclaraba que Cristo entró en τὰ ἅγια una vez para siempre.

⁶En realidad, Hebreos recalca que Cristo es más semejante a su pueblo, aunque sin pecado, que al sumo sacerdote hebreo, con cuya figura se contrasta (2:17; 4:15; 7:26,27).

⁷En 10:11,12 se comparan el sacrificio de Cristo (en el texto griego no se lo llama *sumo* sacerdote ni sacerdote, sino, sin más, οὗτος “éste”) y los sacrificios diarios ofrecidos por los sacerdotes. En 7:26,27 parece a primera vista que se compara el sacrificio único de Cristo, como sumo sacerdote, con sacrificios *diarios* efectuados por los *sumos* sacerdotes. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la expresión “cada día”, καθ’ ἡμέραν, no tiene por qué significar necesariamente “365 días al año” ni nada por el estilo. Καθ’ ἡμέραν se da en 43 versículos tanto del NT como de la Septuaginta (incluidos algunos escritos apócrifos). Considérense pasajes como Lev. 23:37; Núm. 7:11; 2 Cró. 30:21; 1 Esd. 5:51 (apócrifo); Eze. 43:25; 45:23; Mat. 26:55; Mar. 14:49 (cf. Luc. 22:53) o Luc. 19:47. Todos ellos muestran que, bastante a menudo, καθ’ ἡμέραν significa *mientras se den ciertas circunstancias*. Por ejemplo, Jesús no enseñó en el templo cada día a lo largo de su ministerio, aunque lo hizo en alguna ocasión cuando estuvo en Jerusalén. De modo similar, la referencia de Heb. 7:27 es a sumos sacerdotes (en plural), pero sabemos que no podía haber legalmente más de un sumo sacerdote en un momento dado. Se elegía un nuevo sumo sacerdote cuando el anterior moría. De modo que a lo que se refiere el autor de Hebreos es a *las diferentes ocasiones* en las que los *sucesivos* sumos sacerdotes oficiaron ofreciendo un sacrificio por sí mismos y luego por el pueblo. Ahora bien, por todo lo que sabemos, los sumos sacerdotes *no* hacían tal cosa cada día del año. Sin embargo, es significativo que hicieran eso precisamente en el *Yom Kippur*. El autor de Hebreos está diciendo que, a diferencia de los antiguos sumos sacerdotes, que tenían que ofrecer un sacrificio por sí mismos y luego por el pueblo siempre que tenía lugar esta ceremonia, Jesús se ofreció a sí mismo solo una vez. No hay nada en el pasaje que sugiera que un sumo sacerdote realizase el ritual del *Yom Kippur* a diario, o que tuviese lugar algún otro ritual exclusivo de su cargo todos los días del año.

Hablando de la esperanza cristiana, el autor de Hebreos enseña en 6:19,20 que la “tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”. ¿De qué velo está hablando el autor? Sabido es que el antiguo tabernáculo del desierto tenía tres velos, que daban paso, respectivamente, al atrio, al lugar santo, y al lugar santísimo. Algunos autores adventistas intentan explotar que, hablando del santuario terrenal, el autor de Hebreos llame al velo que da acceso al lugar santísimo τὸ δεύτερον καταπέτασμα, “el segundo velo” (9:3). Suponen que la ausencia del ordinal “segundo” en 6:19 los autoriza a proponer que, con ocasión de su ascensión, Cristo no entró en el “lugar santísimo” del santuario celestial⁸. El problema de semejante planteamiento es triple. En primer lugar, el sitio *sine qua non* para un sumo sacerdote es el *sancta sanctorum*, no un mero lugar santo. En segundo lugar, quienes juegan con el ordinal “segundo” en 6:19 no suelen atreverse a hacerlo en 10:19,20: “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en” τὰ ἅγια “por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne [...]”. La referencia es transparente: el autor de Hebreos está citando el relato evangélico del desgarrar del segundo velo del templo en el momento de la muerte de Cristo (Mat.27:50,51; Mar.15:37,38; Luc.23:45,46), donde tampoco aparece el ordinal. En tercer lugar, el final de Heb.6:19, en griego (εἰς τὸ ἐσώτερον τοῦ καταπετάσματος, “en el interior del velo” o “dentro del velo”), tiene todo el aspecto de estar citando Lev.16:2, que contiene la expresión εἰς τὸ ἅγιον ἐσώτερον⁹ τοῦ καταπετάσματος (“en el sant[ísim]o dentro del velo”), y que formaba parte de instrucciones dadas a Aarón en cuanto a la manera de entrar en el lugar santísimo. A diferencia de Aarón, que no podía entrar en el lugar santísimo en cualquier momento, “para que no muera”, nuestro Sumo Sacerdote no puede morir más, vive siempre para interceder por nosotros, entró una vez para siempre en τὰ ἅγια, como precursor nuestro, y precisamente por eso nosotros podemos acercarnos confiadamente, no temblando como Aarón, al trono de la gracia (4:16; 10:19). Obsérvese que no se trata de que podamos acercarnos confiadamente a Cristo, sino al mismísimo Padre celestial (7:19, 25). En palabras de Desmond Ford, “Aarón podía acercarse a la presencia divina solamente una vez al año, pero Jesús ha ido a morar a la diestra de Dios. Aarón entraba temblando; Jesús, como conquistador. Aarón no era más que sacerdote, pero Jesús es también rey. Aarón se acercaba con incienso para no morir, y su ministerio acabó con su muerte. Nuestro ‘Aarón’ no necesita escudo ninguno, y su ministerio es inacabable.”¹⁰

La relación existente entre el antiguo tabernáculo israelita y el santuario celestial es entendida por la iglesia adventista en un sentido distinto que por el autor de Hebreos. Para la iglesia adventista el servicio diario en el lugar santo del tabernáculo israelita se corresponde con el ministerio de Cristo en el “lugar santo” celestial hasta 1844, de lo que no habla la Biblia en sitio alguno, y el servicio anual en el lugar santísimo terrestre se corresponde con la labor de juicio “investigador” que Cristo supuestamente realiza desde esa fecha, cosa que la Palabra de Dios desconoce. En cambio, el autor de Hebreos enseña que con la sucesión de los servicios diario (en la πρώτη σκηνή, “primera tienda” o primera parte del tabernáculo) y anual (en la δεύτερα, “segunda”) “el Espíritu Santo” daba a entender “que aún no se había manifestado el camino a”

⁸Citan, además, Núm.18:7 como prueba de que “del velo adentro” puede referirse al lugar santo. Sin embargo, quienes hacen esto parecen contar con el desconocimiento de los idiomas originales por parte de sus lectores. El griego del pasaje en la Septuaginta es diferente, pues usa ἔνδοθεν en lugar de ἐσώτερον, que es la palabra usada en Heb.6:19. Sobre esta infrecuente palabra, véase la nota 9.

⁹Aunque la palabra ἐσώτερον es propiamente un adjetivo, aquí funciona como adverbio. Se trata de una palabra sumamente infrecuente. En toda la Septuaginta aparece únicamente seis veces, dos de ellas (1 S.24:3 [LXX 24:4]; Isa.22:11) en un contexto sin relación con el tabernáculo. En los casos restantes (Éxo.26:33; Lev.16:2,12,15) se refiere invariablemente al velo que separaba el lugar santo del santísimo.

¹⁰FORD, *op. cit.*

τὰ ἅγια “entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie”, τοῦτο δηλοῦντος τοῦ πνεύματος τοῦ ἁγίου, μήπω πεφανερῶσθαι τὴν τῶν ἁγίων ὁδὸν ἔτι τῆς πρώτης σκηνῆς ἐχούσης στάσις (Heb.9:6-8). Resulta palmario que, para el autor de Hebreos, que escribe poco antes de que el templo de Jerusalén sea arrasado por los romanos, los rituales del templo tienen una enseñanza para los cristianos. Pero la enseñanza en cuestión *no* es que el santuario celestial tenga dos departamentos igual que el terrenal, sino más bien que el lugar santo del terrenal representa el culto judaico, que pronto dejaría de tener existencia, y que, en realidad, ya ni siquiera tenía στάσις o *status* o relevancia para la iglesia, mientras que el lugar santísimo terrenal (“la segunda parte”) mostraba el camino hacia τὰ ἅγια, donde Cristo ministra por nosotros desde su ascensión, y no desde 1844. Por supuesto, esto constituye una equiparación explícita entre τὰ ἅγια y ἡ δευτέρα σκηνῆ. Así, según la analogía que el propio autor de Hebreos establece, el ministerio diario del santuario israelita representaba el sistema mosaico de sacrificios animales que terminó en la cruz, mientras que la fiesta anual del *Yom Kippur* representaba la muerte de Jesús en la cruz, su ascensión y su exaltación a la diestra del Padre.

El lugar santo sólo tuvo sentido hasta la cruz, o, como dice Hebreos, “hasta el tiempo de reformar las cosas” (9:10). Para el cristiano, ya antes de la destrucción de Jerusalén, el lugar santo carecía de sentido, pues su servicio sólo servía para recalcar la falta de cercanía de Dios al creyente individual. Desmond Ford hizo estas atinadas referencias a esta cuestión: “El aposento interior vetado enseñaba la limitación del acceso [a Dios] durante el tiempo del antiguo pacto antes de Cristo.” “Los gentiles podían entrar en su propio y distante patio, las judías al patio de las mujeres, los judíos al suyo, los levitas hasta el primer velo, los sacerdotes ordinarios, hasta el segundo, y el sumo sacerdote ‘dentro del velo’ solamente una vez al año y solamente durante un instante. En la primera presentación bíblica de la división entre departamentos se pone de manifiesto que el velo representaba acceso limitado, y que el castigo de la presunción era la muerte (Lev. 16:2).” “Hebreos recalca que la sangre de Cristo había dado acceso a la presencia de Dios como se tipificaba con la entrada del sumo sacerdote al lugar santísimo el Día de la Expiación.”¹¹

La verdadera naturaleza del santuario celestial

Las anteriores consideraciones son en sí mismas suficientes para descalificar *in toto* la teología adventista del santuario celestial, y su intento de evadir el significado de τὰ ἅγια en particular. No existe en Hebreos, ni en ningún otro libro ni del Nuevo ni del Antiguo Testamento, evidencia alguna de que el santuario celestial tenga dos “departamentos” o dos “servicios”. Ni siquiera resulta evidente que lo dicho en Hebreos en cuanto al ministerio de Cristo en el “santuario celestial” tenga más sustancia que lo dicho por el mismo autor en 13:11-13: “Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en” τὰ ἅγια “por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta [de Jerusalén]. Salgamos, pues a él, fuera del campamento, llevando su vituperio”. Ambas ilustraciones son válidas y fáciles de entender. La invitación que el autor de Hebreos extiende para salir a Cristo “fuera del campamento” todo el mundo entiende que debe interpretarse de manera figurada y espiritual. Del mismo modo, la mayoría de los cristianos siempre ha entendido que las referencias de Hebreos a τὰ ἅγια deben entenderse de forma igualmente figurada. Solamente la iglesia adventista se ha

¹¹FORD, *op. cit.*

aventurado a elaborar de manera irresponsable¹² una “teología del santuario” buscando una concreción ritualista a la intercesión de Jesús en nuestro favor.

Que el libro de Hebreos no diga absolutamente nada en el sentido de que en el santuario celestial haya dos departamentos o dos fases en el ministerio de Cristo probablemente se deba a que ni hay dos departamentos ni dos fases¹³. Tal como ha dicho Fred Mazzaferri, “la totalidad de la defensa tipológica adventista del séptimo día cuelga del hilo peligrosamente endeble de su pura suposición de que en Éxo.25:40 el nombre hebreo תבנית denota *un modelo a escala, o una imitación* del templo celestial. De hecho, implica meramente que Moisés estudió unos ‘planos’ de la estructura *específica* que tenía que erigir en el desierto.”¹⁴ “Pese a ello, debería observarse escrupulosamente que, aunque hubiese después de todo dos ‘departamentos’ en el etéreo tabernáculo divino, la evidencia abrumadora es que Cristo ascendió para entrar en su Lugar Santísimo.”¹⁵

Las diferencias existentes, que no sólo se reflejan en el tamaño, entre el tabernáculo mosaico y el templo salomónico muestran a las claras que tales estructuras *no* procuraban imitar realidades semifísicas del cielo. Por ejemplo, a diferencia de lo que ocurría en el tabernáculo original, en el templo de Salomón había “puertas interiores para el lugar santísimo” cubiertas de oro (2 Cr.4:22; cf. 1 R.7:50b)¹⁶. Además, según 2 Cr.4:8, 19 en el templo de Salomón había *diez* mesas para los panes de la proposición, mientras que en el tabernáculo había sólo una. Juan el Revelador no parece haber visto en sus visiones celestiales ninguna mesa. ¿Como hemos de imaginarnos, entonces, la distribución en el templo celestial, según el modelo mosaico o según el salomónico? ¿Quién edificó “bien” el tipo, Moisés o Salomón? Prueba adicional de que lo que las construcciones humanas intentaban plasmar era algo distinto a cosas tangibles es el hecho de que en el primer departamento del santuario terrenal había un candelabro de siete de brazos, llamado tanto en la Septuaginta como en Heb.9:2 λυχνία, exactamente la misma designación recibida por las *diez* lámparas que había en el templo de Salomón (1 R.7:49¹⁷). En cambio, el vidente de Patmos, describiendo lo que debe de ser el templo celestial, observa siete lámparas

¹²La “teología del santuario” surgió específicamente para no tener que reconocer el error cometido al fijar la *parusía* para el 22 de octubre de 1844. Con la ocurrencia del santuario, la chasqueada “manada pequeña” sintió que, después de todo, había tenido razón en la fecha, aunque se equivocaran en el suceso. Claro que tal error ocurrió porque el propio Dios intervino para que se confundieran (!). Sobre esta irresponsable noción, véase Ellen G. WHITE, *El conflicto de los siglos*, p. 423 (paginación española). Aún más grotescas resultan las gratuitas afirmaciones de *Primeros escritos*, pp.54-56, en donde se afirma que el Padre abandonó su trono del lugar santo (!) y se trasladó en un carro de fuego al interior del velo, al santísimo del santuario celestial, y que luego fue seguido por Jesús “en un carro de nubes” con ruedas ígneas. No contenta con semejante mudanza, la autora en cuestión afirma que dicho traslado fue aprovechado por el propio Satanás, que se puso junto al trono para soplar “una influencia impía” con “luz y mucho poder” sobre los incautos adoradores que no se habían percatado del cambio de domicilio de la Divinidad. Desde los días de Glacier View, la iglesia adventista ha procurado zafarse del entuerto en el que se veía con las aceradas críticas que señalaban lo insostenible de su posición de un templo celestial con dos departamentos, de modo que ahora tiende a hablar únicamente de dos fases en el ministerio sumo sacerdotal de Cristo en un templo celeste sin divisiones físicas. Al parecer quiere hacer creer a sus devotos que lo que enseña ahora es lo que siempre enseñó. Sin embargo tal adaptación del mensaje no cuadra realmente con *Primeros escritos*, p. 32, donde se presenta nada más y nada menos que una visita de Ellen White “en una visión” al santuario celestial, con un velo entre el lugar santo y santísimo, aunque sin áreas vetadas para ella, en la que el propio Jesús hace de cicerone (!!!).

¹³La posición habitual sobre esta cuestión de la iglesia adventista consiste en echar mano de la tipología aduciendo, fundamentalmente, Heb.8:2, 5 (este último cita Éxo.25:40) y Heb.9:11, 24. Este argumento de la tipología tiene tres problemas fundamentales. El primero es que la tipología bíblica es más dada a contrastes que a equiparaciones. El segundo es que el silogismo de que, dado que si en el santuario terrenal había dos tipos de servicios, en el celestial también debe de haberlos porque el celestial era el “original” de aquél, no tiene valor si el propio autor de Hebreos lo invalida, como hace, en efecto, en Heb.9:6-10. En tercer lugar, aunque el autor no invalidase un silogismo tipológico, éste nunca podría darse como probado, ni siquiera como probable, ya que la tipología bíblica está únicamente en la pluma del autor inspirado y no en la imaginación del lector.

¹⁴Fred MAZZAFERRI, *Seventh-day Adventism's Dogma of an Investigative Judgment through Ellen White's Eyes*, p. 33. Disponible en <http://www.ellenwhite.org/exhibits/ij.pdf>.

¹⁵*Idem*, p. 12.

¹⁶La construcción hebrea implica un mínimo de *tres* puertas. El *Comentario bíblico adventista del séptimo día* no se molesta en comentar estos pasajes tan instructivos.

¹⁷En la Septuaginta el versículo es el 35.

ο λαμπάδες (Apo.4:5). Observa también el trono de Dios (4:2), pero no dice que haya visto velo alguno que separe dicho trono del “mobiliario” del santuario celestial. Así, habla del “altar de oro que estaba delante del trono” (8:3)¹⁸. Afirma también que “delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal” (4:6). Si hemos de buscar un tipo para este antitipo, quizá debamos acudir al *atrio* del santuario israelita, donde había una fuente de bronce (Éxo.30:17-21).

En vista de los manifiestos simbolismos de Apocalipsis (y de Hebreos), quizá deberíamos tomarnos más en serio una observación que Juan de Patmos hace respecto a la ciudad de los bienaventurados: “Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (Apo.21:22). Hace ya mucho que el cuarto evangelista registró las palabras de Jesús acerca de los templos de Jerusalén y Gerizim: “la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:23,24). Algo así sólo puede haberlo dicho Alguien que supiese de primera mano que las buenas nuevas de salvación no están vinculadas con un conocimiento minucioso de los rituales que Aarón y sus sucesores realizaban en un santuario rudimentario para enseñar al pueblo que la paga del pecado es la muerte. Venido Cristo, la realidad de aquellas sombras, podemos comprender mejor el pasado, afianzar nuestro presente con sus promesas, y confiar en un luminoso futuro. Es una lástima que haya quien se empeñe en proyectar viejas tinieblas sobre la luz del evangelio.

¹⁸La falta de velo podría ser también la explicación de la extraña afirmación de Heb.9:4, en donde el autor dice que el lugar santísimo, además del arca del pacto, “tenía un incensario de oro”.